

TRAZOS

Por César García Pons

¿Por qué el nombre de Finlay en la farola del Morro?

LA torre levantada en el peñón del Morro, vanguardia simbólica de su fortaleza, está siendo objeto de muy beneficiosas obras, necesarias a la instalación en la misma de una nueva farola en servicio de la navegación marítima y aérea. Según los datos publicados, la luz se emitirá por una bombilla de doscientas mil bujías y vencerá las sombras, horizontal y perpendicularmente, hasta treinta y dos millas más allá de su centro. El estudio técnico, se asegura también, ha previsto la emergencia y provee para ello, incluyendo entre esas mejoras al histórico faro una batería de sesenta y cuatro acumuladores dispuestos a funcionar en suplencia del fluido urbano —fuente ordinaria de la energía eléctrica que a la torre se proporciona— si éste por cualquier circunstancia se interrumpiere. La iluminación con que se dota la torre le convierte en una de las más poderosas, sobre todo si se considera su carácter permanente.



Este faro fué levantado bajo los auspicios de Leopoldo O'Donnell, capitán general de la Isla cuando ya casi mediaba la pasada centuria. En él culminaron varios ensayos para sustituir con mejor luz la que se venía obteniendo por el primitivo procedimiento de quemar allí, fortaleza conocida por La Vigia, haces de leña. Desde los días de Don Luis de las Casas, el más brillante de los gobernadores que recuerda la Isla, era eso de la luz a la entrada del puerto cosa batallona. El Real Consulado había propuesto el asunto a la Intendencia, pero no se abordó hasta que Gabriel Prendergast, confiando en la posibilidad de extraer gas del chapapote, se lo prometiera tan formalmente que al efecto mandó a construir una torrecilla. El intento no pasó de tal, pues el gas extraído no dió resultado, y con aceite, que ya sustituía a la leña, se continuó produciendo llamas. Por 1824 un ingeniero de la Ma-

rina, Honorato Bouyón, sugirió modificaciones apreciables. La farola alcanzó entonces ciento dieciséis pies españoles sobre el nivel del mar, y se mecanizó hasta hacerse giratoria. A ésta substituyó la de O'Donnell, comenzada en 1844, a base de piedra de cantería.

La nueva torre se alzaba a la altura de ciento dieciocho pies de los llamados de Burgos, soportaba como fanal un aparato de Fresnell, con alcance sobre catorce millas, rotación cumplida cada ocho minutos y luz intermitente cada treinta segundos, a través de dieciséis lentes. Es el faro que conocieron los habaneros de la segunda mitad del pasado siglo y los de éste. Fué una obra para su tiempo. En el fanal tan sólo, se invirtieron cincuenta y siete mil quinientas ochenta y cuatro pesetas fuertes. Llevó el nombre de O'Donnell, que le mandó construir. Ahora como queda dicho, sobre su piedra centenaria, insuficientes ya las mejoras que se le introdujeron hace cerca de diez años, se asiste con los amplios recursos técnicos que nuestra época facilita.

No se ha limitado, empero, la cosa a estos plausibles progresos. Cuando se inaugure, que será muy pronto, lucirá el faro un nuevo nombre, pues se le suprime el de su constructor para darle el de Carlos J. Finlay. Si viviera Emilio Bobadilla, tan adicto a las chanzas, de fijo que se preguntaría de este modo: ¿pero fué Finlay alguna vez farolero, o pescador como Hemingway, o marino como Pierre Loti? En todo caso, ¿qué tienen que ver los mosquitos con las luces preventivas para la navegación? ¿Escribió Finlay, que se sepa, sobre el mar, investigó sus profundidades, dijo de su flora y de su ictiología? Si no hay nada de esto y lo que se pretende es poner su nombre en alto y lucirlo, ¿es fijándolo en la torre de la farola como ello se logra?

A las interrogaciones apuntadas, que miran a la pertinencia o impertinencia del bautizo, pue-

de añadirse un reparo incluso de más fondo, y es el de que la historia, el tiempo que fué, demanda respeto. La afirmación no conlleva un concepto estanco, sino dinámico. Borrando el pasado no es, precisamente, como se sirve el presente. Martí, siempre equilibrado, estableció esta correlación cabal: "El pasado es la raíz de lo presente. Ha de saberse lo que fué, porque en lo que fué está lo que es". En ese sentido, ¿qué es más útil, conservar o suprimir el nombre de O'Donnell? Y, ¿qué pone en este caso, salvo confusiones, el de Finlay?

Vamos a repetirlo con Varona una vez más: la historia se hereda siempre. Y las ciudades deben ser en lo posible testimonio. El nombre de O'Donnell en la torre que nos ocupa no es un capricho, sino una realidad histórica y pertenece a una época. Discutible y aun detestable el hombre como gobernante, obra suya fué el faro en cuestión, y el nombre glorioso de Finlay, en forma alguna comparable con el suyo, nada va a ganar con que se le coloque allí substituyéndolo. Finlay reclama otro homenaje: un monumento, grande y adecuado a su obra extraordinaria de investigador y de hombre de ciencia, asentado en más amplio espacio que el de un peñón de la costa. Si fuera posible hacer valer el reparo lo opondríamos al cambio infortunado. Las edificaciones, los estilos, los nombres forman en la fisonomía de las ciudades. Barrerlos es ir, acaso sin intención preconcebida, es lo más probable, pero yendo al cabo, contra el patrimonio histórico del país.

DM, at 11/04



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA